

Cuento 2016

1er. Lugar

Obra: Río escondido en el desierto

Autor: Karla Melissa Gómez Almazan

Seudónimo: Un Sol

Municipio: Victoria

## UN RÍO ESCONDIDO EN EL DESIERTO.

**O**nésimo nació en un pueblito al que llamaban Arroyo Seco, era un lugar árido y poco poblado donde solo crecían pequeñas plantas espinosas y uno que otro arbusto de diminutas hojas, algunos mezquites, y muchos cactus órganos bordeaban las casas que se acomodaban a lo largo de un camino de grandes piedras al que llamaban arroyo, sin embargo la mayoría de las personas que allí vivían no habían visto correr el agua por este lugar.

Don Pedro que era el hombre más viejo del Pueblo contaba a algunos chamacos que en sus años de niñez el vio correr el agua por ese arroyo.

- Cuando yo era niño por este arroyo corría agua todo el tiempo – dijo el viejo mientras sus ojos grises y cansados parecía que miraban al pasado – era poca pero nunca se detenía y mi abuelo incluso me contaba que este arroyo fue antes un río con un amplio caudal.

Los pensamientos de Onésimo se llenaron inmediatamente de dudas, le parecía imposible que el agua corriera por este camino de piedras. Él había visto el agua llover fuertemente en su pueblo pero al momento en que el agua tocaba el suelo parecía desaparecer al hundirse entre las rocas. Onésimo corría a buscar el agua pero siempre encontraba lo mismo - ¡Piedras y más piedras!-

Sin pensarlo mucho Onésimo interrumpió a Don Pedro

- ¿Y dónde se escondió el agua?, ¿A dónde se va cuando llueve?, ¿Por qué dejó de pasar el agua por nuestro arroyo?

- Yo no sé dónde se mete el agua, nadie la puede seguir, decían que el agua venía de la Peña Alta pero nunca supe de que alguien haya llegado hasta allá, todos estábamos muy ocupados en sembrar la tierra y en cuidar a las familias, además de que el camino debe ser duro de andar, el sol quema mucho, y ha de quedar muy lejos, tal vez serán 20 días o más de caminata de un hombre fuerte y de piernas largas.

Mientras más escuchaba Onésimo, más preguntas le surgían

- ¿Hace cuantos años que dejo de correr el agua por aquí?-
- Pues cuando yo tenía 14 años el agua ya no corría todo el tiempo, solo la mitad del año en el mes de Julio el cielo se oscurecía allá en lo alto- dijo Don Pedro apuntando hacia el Este - entonces sabíamos que al día siguiente el río se henchiría de agua, pero cada año era menos la que nos llegaba hasta que un día ya no llego, pero seguíamos sacando agua de los pozos, cada vez los hacíamos más profundos pero siempre era suficiente agua.-

Los pobladores de arroyo seco no eran muchos, el agua ya no salía de los pozos como antes, cada familia tenía uno y ya solo sacaban agua para lo más básico, comenzaron a comprar agua en grandes botellas de vidrio a una camionetita que llegaba los martes tempranito de un pueblo que quedaba a casi 100 kilómetros, y el flujo de dinero en este lugar no era muy común así que no siempre se podía comprar el agua, a veces mejor hervían el agua que sacaban de los pozos pero el agua quedaba con un aspecto turbio y con un sabor diferente al del agua limpia.

- Oiga, Don Pedro y usted cree que aun haya agua allá en lo alto, o alguien se la abra robado.

Al anciano le provoco una discreta sonrisa las ideas del chico

- Ay Onésimo, como se van a robar el agua, el agua cae del cielo y el río solo es el camino que la guía por los pueblos -

Juanito no pudo disimular la risa – jajaja, si serás menso Onésimo, que ideas tienes-

María sin embargo no dijo nada pero también se quedó pensando en que le pasaría al agua, sería tan bueno tener agua corriendo por el arroyo.

Ese día, nació en Onésimo un deseo inexorable por encontrar el secreto del arroyo, por encontrar el rincón en donde se ocultó el agua que antes hidrataba a la gente de su pueblo, ese arroyo que ahora solo le daba el nombre al pueblo, pero los orillaba a buscar otro lugar a donde migrar.

Se dirigió Onésimo a su humilde casa a contarle todo lo que había escuchado a su mamá, ella no se sorprendió siguió juntando la leña para echar a cocer las tortillas y le dijo

- Ay hijito, tu eres muy chiquito para irte solo a buscar ese lugar, y tu papá tiene que seguir aquí cuidando el cultivo para seguir alimentándote a ti y a tus hermanos además de cortar lechuguilla para sacar un poco de dinero para el agua, deja esos sueños, échale ganas a la escuela, ayúdale a tu papa con su trabajo y con eso nos ayudas bastante, ya cuando seas un hombre grande y quieras irte te irás a donde tus pies te puedan llevar.
- Pero mamá, necesitamos el agua, déjeme ir mamacita, por favor....

Pero Martha la madre de Onésimo movió la cabeza en señal de desaprobación y continuó con sus quehaceres. Al oscurecer llegó Raúl el papá de Onésimo, pero el chico sabía que solo se ganaría un regaño si le contaba que se iría, así que solo le quito las empolvadas botas y lo dejó descansar un poco.

Onésimo paso toda la noche pensando en lo que haría para llegar hasta ese escondido rincón, y al día siguiente en la Escuela les platico a sus amigos que se iría apenas amaneciendo el sábado

- Será una aventura que podremos disfrutar y además así podremos seguir todos aquí, nadie se ira de arroyo seco, seremos amigos siempre-

Les decía Onésimo a sus amigos con la intención de que alguno tomara la decisión de aventurarse con él y salvar al pueblo de la falta de agua.

- Me gustaría ir, pero este Sábado tengo ayudar a mi papá a levantar las calabazas que ha sembrado- dijo Juanito
- Te quiero mucho Onésimo pero tengo que ayudar a mi mamá a cuidar a mis hermanitos- Dijo María

Y así fueron dando motivos por los cuales no podían acompañarlo, pero esto no mermaba el deseo que el chico tenía de ir en busca del Agua.

Al llegar el viernes sus amigos le dieron el agua que tenían y así con un poco de agua que cada uno le regalo se llenaron dos guajes grandes llenos de esperanza, amor y buenos deseos para que todo le saliera bien en su largo viaje.

El Sábado temprano su abuelita le lleno un morral de tortillas y tostadas, sal, chile, unos cerillos, una cobija calentita, y el machete de su papá bien afilado.

- No quiero que te vayas mijito, eres el primero de mis nietos, al que más tiempo he querido, por favor hijito piénsalo bien, quédate

Le dijo su abuelita, pero desde que el niño nació había demostrado ser perseverante y tenaz y sabía que no lo convencería de quedarse de brazos cruzados, así que no le quedo más que apoyarlo, le dio de almorzar y lo despidió con un largo abrazo.

Así, con la última lagrima que le quedaba Onésimo salió, aun oscura la mañana, a escondidas de sus padres en busca del futuro de Arroyo Seco, con la única compañía de su perro pancho.

- ¡Cúidalo pancho! No lo dejes solo.- Le dijo la abuela al animal

Comenzó caminando por entre las piedras del arroyo, parecía fácil al principio aun con el miedo que le pesaba en las piernas por dejar atrás a su familia y amigos, por el miedo de no volverlos a ver, por la incertidumbre de no saber el lugar exacto al que

se dirigía, por no saber lo que le esperaba, por el temor a lo que no se puede ver en la oscuridad que es algo común en todos los chicos

- Corre pancho, alcánzame no te quedes atrás -
- Guau, guau-

A poco más de una hora de camino el sol empezó a salir, fue el amanecer más hermoso que él había visto, apenas se alcanzaba a ver un poco del pueblo iluminado por los rayos rosa y naranjas de la primera luz matinal, duro poco menos de 10 minutos pero el chico lo disfruto como si durara más.

Mira Pancho esas mariposas blancas allá a lo lejos, ¿las ves? Nunca había visto tantas mariposas juntas –

El sol ya estaba bastante alto, así que Onésimo decidió buscar un lugar donde ocultarse, pero el sol subía cada vez más y no encontraba ningún árbol que diera la sombra suficiente para resguardarlos, así que corto algunas ramas de un arbusto de gobernadora e hizo un techito, se sentó bajo este encogiendo las piernas y se puso cerquita de pancho que ya traía la lengua jadeante de fuera, le dio un poco de agua y luego bebió él un poco, solo un poco, ya estaban acostumbrados como los animales que viven en el desierto a beber poco, comieron unas tortillas con chile y dejaron que pasaran las horas más calientes del día, durmieron un poco y vieron pasar unas cuantas nubes por el celeste cielo rodeados de ese agradable olor que despide la gobernadora que cubría gran parte del lugar en el que descansaban.

De pronto una víbora de cascabel los despertó con su siseo, el pelo de pancho se erizo, pero ninguno de los dos alcanzo a verla, pero la serpiente si los había observado y por eso lanzo su amenazante cascabeleo:

- Como osan atravesarse en mi camino- y continuó deslizándose por entre el matorral con el cascabel levantado.
- Allá va guau- ladro fuerte pancho intentando intimidarla para que no se le acercara a su amigo Onésimo.

Mientras tanto Onésimo estaba inmóvil de la impresión y el susto, sin embargo saco el machete y sin pensarlo demasiado se lanzó sobre la serpiente y se lo dejó caer en la cabeza, al instante estaba muerta, y el corazón aun acelerado de Onésimo sentía un gran alivio debido a que habían salido salvos de esta y habían conseguido un poco de carne para rellenar los tacos de la cena. Le quitaron la piel y la conservaron para que las demás alimañas que lo vieran supieran que no eran una presa fácil, al contrario si se atrevían a volverlos a molestar se verían en riesgo de convertirse en presas; colgaron la carne en una rama para que mientras iban caminando se fuera secando con el calor del ambiente.

Aún faltaban un par de horas para que el sol se ocultase por detrás de las montañas, sin embargo la tarde ya no estaba tan caliente, así que continuaron andando un trecho con la misma energía con la que habían iniciado el viaje. De vez en cuando Onésimo le contaba algún chascarrillo a pancho para que no se aburriera:

- Te acuerdas pancho cuando mi mamá se enojó porque andabas tirando la basura que había quedado de la fiesta de la Iglesia, luego gritando atrabancadamente agitando la escoba para correrte de allí, entonces salió Martita a defenderte, y dijo no mamá deja a pancho, él es chiquito y tu grandota tu no debes pegarle, jaja a que martita apenas sabía hablar pero ya le daba una lección a mi mamá, después de eso siempre que traía algo comiendo iba a darte a probar, te acuerdas la vez que te dio un tomate, jaja, te lo daba una y otra vez y por más que cerrabas la boca, martita no desistió hasta que te lo acabaste. Ay mi amigo pancho el único perro come tomates-

El sol terminó por ocultarse y la luz se fue acabando poco a poco. La luna estaba menguando y les brindaba suficiente luz para continuar caminando por varias horas como la mayoría de los animales del desierto que se mueven en la noche y se aletargan en el día, es un método que ha funcionado por miles de años para no morir quemados bajo el caliente sol y mantenerse calientes en las frías noches características de estos lugares; Onésimo y Pancho no romperían con las costumbres del lugar.

Continuaron el camino muy bien acompañados de la Luna y las estrellas que parecían avanzar al mismo ritmo que ellos.

- Luna, luna, dame una tuna- repetía Onésimo con la esperanza de encontrar un nopal Tunero que les endulzara la boca.
- Auuuuuuuuu!!- Aullaba el perro también inspirado por la hermosura de la blanca luna, parecía que respondía a los silbidos de las lechuzas.
- Ya no les aúlles a las brujas pancho, no vez que se nos van a aventar para ver que nos pueden quitar- Sin embargo el perro continuo aullando toda la noche y las lechuzas nunca se les acercaron, solo pasaban a lo alto, intentando ver algún ratoncillo para cazar.

Cuando se sintieron muy cansados se detuvieron, juntaron algunas ramas secas y encendieron una pequeña fogata, comenzaron a sentir el gélido clima en los dedos y la nariz, sacaron la pequeña cobija y se abrazaron, pusieron la carne de víbora sobre las brasas y esperaron a que se tostara un poco, luego degustaron unos deliciosos tacos de esos que solo se pueden hacer con las tortillas de la abuela.

Al poco tiempo cayeron rendidos y durmieron haciendo su cama en una piedra grande que se encontraba en medio del arroyo seco, una pequeña zorra se acercó atraída por el olor a carne asada, pero a pesar de que hizo bastante ruido no había nada que los pudiera hacer abrir sus ojos.

Antes del amanecer despertaron decididos a continuar su camino pero un enorme nopal tunero los sorprendió a escasos metros de donde habían descansado, tal vez no habían alcanzado a verlo por lo sombrío de la noche o quizá simplemente la luna había escuchado los versos de Onésimo y como había insistido tanto no tuvo más remedio que cumplir los deseos del muchacho.

Fue el desayuno perfecto les quitaron las espinas y comieron tantas tunas como pudieron, y así obtuvieron la energía para caminar más velozmente, guardaron las



que pudieron para degustarlas en el camino por que no sabían si volverían a tener tanta suerte.

No caminaron mucho, antes de que el sol les comenzara a quemar el cuello y calentar la cabeza, y además que pasaban por un frondoso mezquite y decidieron aprovechar su fronda para pasar la tarde allí, se sentaron nuevamente a comer unas tortillas con chile, pancho estaba muy hambriento

- Espera Pancho hay que cuidar estas tortillitas, que luego se nos acaban, y sin aire puedo vivir, sin agua tal vez y también, pero sin las tortillas de mi abuelita que sería de mi vida-

Pero pancho estaba ansioso por comerse las tortillas tostadas, y al ver que no lo dejaron se alejó un poco y después de un rato regreso más tranquilo, tal vez de comer algunos huevos de algún animal que se descuidó, así como acostumbraba a comerse los huevos de las gallinas cuando nadie las veía.

Así fueron pasando los días lentamente, caminando cada vez menos debido al cansancio acumulado, pero no perdían las ganas de encontrar donde había quedado el cauce del río.

La rutina era siempre la misma caminar al amanecer y al anochecer, buscar una sombra en las horas más calientes del día para descansar, y dormir otro poco en la noche, comer lo que se encontraba, y seguir siempre adelante.

Las tortillas duras y el chile fueron devoradas al pasar los días acompañadas de nopales o salsa de xoconostle asados y molidos en alguna piedra. El agua que cargaban en los guajes no se acababa, parecía que siempre había un poco y cuando sentían que sería la última vez que podrían beber líquido se sorprendían al volver a tomar más agua en la próxima ocasión, y así siempre había una próxima, los buenos deseos de sus amigos eran lo que mantenía siempre con agua los guajes, cada vez que alguien pensaba en ellos y deseaba que estuvieran bien el guaje se llenaba del valioso líquido.

Onésimo se empezaba a desesperar.

- Siento que damos muchas vueltas pancho, este río ya va una curva para un lado y ya regresa al otro lado y pues lo más seguro es seguir el camino seco que ha dejado el río, pero quiero ir recto, directo a la falda del cerro ¿ qué opinas pancho?, Ay pancho como quisiera que me dijeras que hacer, por donde nos irá mejor.-

Y el joven salió del pedregal que marcaba el antiguo camino por el que el agua corrió alguna vez y se dirigió a seguir un camino en línea recta hacia el cerro para acortar el trecho, pero el perro no lo siguió, se quedó en el río y le ladro.

- Vamos pancho- gritaba Onésimo - A que perro tan obstinado, creo que no quieres que vayamos por aquí-

El chico no tuvo más remedio que regresar al camino del arroyo, sintiendo que el perro había dado su opinión haciéndose entender como pudo.

- A que pancho, después de todo si me hablaste, a tu manera te hiciste entender, por eso te quiero tanto amigo –

Durante el camino que habían recorrido Onésimo había observado en varias ocasiones grupos de mariposas blancas a lo lejos, nunca las alcanzaban solo las veían revolotear. Esta vez decidieron verlas de más cerca, y comenzaron a correr.

- ¡Rápido pancho, tenemos que alcanzarlas!

Pero por más que corrieron parecía que no lograban acercarse ni un poco, se detuvieron después de un rato y casi sin darse cuenta ya estaban al pie de la Sierra Madre Oriental.

- Mira pancho ya nos falta menos para llegar hasta el lugar que buscamos, ya solo nos falta subir la Montaña-

Onésimo sabía que el camino que faltaba sería más pesado debido a la pendiente, y como estaban cansados por la correteada que habían dado a las mariposas se detuvieron a descansar.

- Ssshhh, pancho- susurro Onésimo - mira unas codornices – y le hizo señas al perro

Pancho agacho la cabeza y se movió lentamente para acercarse hacia ellas, Onésimo se dirigió al lado contrario donde estaba Pancho para intentar rodearlas, hizo una señal y los dos se lanzaron al mismo tiempo sobre la parvada de aves, corrieron con mucha suerte lograron atrapar dos lindas Codornices copetonas, que tenían unas lindas plumas en el cuello que asemejaban escamas de peces.

- ¡Muy bien pancho! Lo logramos, ahora si comeremos algo rico, ya me estaba cansando de tanto nopal.

Encendieron una fogata, Onésimo arranco las plumas de las codornices y las pusieron a asar, y aunque pancho estaba ansioso por devorar su codorniz espero pacientemente para disfrutar de su comida junto con su amigo.

Después de un rato se levantaron y volvieron al camino, sin embargo batallaban para avanzar por el cansancio que ya tenían de tantos días de la misma rutina.

- Eso de subir montañas no es labor sencilla pancho, quisiera dormir mucho-

Avanzaron unos pocos metros y encontraron una pequeña hendidura entre las piedras, se detuvieron y entraron a una cuevita, estaba tan fresco y ellos tan acalorados que se quedaron dormidos casi al instante, cuando despertaron ya se había acabado lo que restaba del día y la noche, y era el amanecer de un nuevo día.

A Onésimo le dolían las piernas de tanto caminar, así que decidieron pasar otro día descansando en ese lindo lugar.

Al final de la segunda noche despertaron muy temprano a emprender nuevamente su camino con las mismas ganas que el primer día, la pendiente ya no parecía tan

pesada y las plantas del lugar comenzaban a variar, entre más subían el clima se iba sintiendo cada vez más frío y se disfrutaba un agradable olor a pino.

Subieron por cinco días, cambiando su rutina a caminar durante el día a la sombra de los pinos y durante las noches durmiendo cerca de una fogata que se encargaban de mantener encendida.

- Ya estamos muy cerca- dijo el chico esperanzado- tal vez tres días más de camino para lograr llegar a la cima de la montaña y ver a donde se fue el agua, veremos si tomo otro camino; si no la vemos desde allí, tal vez no la encontraremos nunca y todo esto no habrá servido de nada.-

Ese día volvieron a ver a las mariposas blancas.

- Mira pancho, allí están de nuevo, pero ya no las intentaremos alcanzar, es inútil, nuestro objetivo es el río, esas mariposas pueden hacer lo que se les venga en gana que a nosotros nos da igual –

Caminaron mucho y nunca las dejaron de ver, de pronto parecía que las estaban alcanzando, ya estaban muy cerca; el bosque de pino se comenzó a mezclar con un Isotal y Onésimo alcanzó a observar como las mariposas se posaban sobre una grande yuca.

- Mira pancho, se detuvieron. Las mariposas se detuvieron parece que al fin de todo las veremos un poco más cerca.

Al llegar hasta la yuca en que Onésimo vio a las mariposas posarse, se dio cuenta de que eran las Flores de la planta lo que asimilaban ser mariposas.

- ¡Son chochas pancho!, me engañaron esas mariposas.

Y de pronto el río estaba lleno de agua, y el agua se desviaba hacia un camino alternativo al que ellos habían llegado, El chico no había reconocido el sonido porque nunca había escuchado el agua correr de esa forma. Siguieron el río por el camino

alterno y vieron como entraba por un agujero en la montaña hacia una enorme cueva.

- Oye pancho, ya sé cómo lograremos que el agua regrese a “Arroyo Seco”, tenemos que mover las piedras grandes que desvían el agua del río hacia la cueva, y así tendrá que seguir el mismo camino que seguía en los tiempos de Don Pedro, ¡Vamos pancho! Que se nos acaba la luz del día.

Y el niño y el cachorro corrieron de regreso, comenzaron a mover las piedras más pequeñas y luego una piedra grande, con lo cual formaron un pequeño túnel por el cual un poco de agua comenzó a correr, después movieron otra piedra de buen tamaño, y la misma fuerza de la corriente se encargó de mover más piedras hasta que el río se vio inundado nuevamente para volver a acompañar al pueblo que había dejado abandonado por tantos años.

De Onésimo no se volvió a saber nada en el pueblo, nadie lo volvió a ver, pero nunca lo olvidaron porque sabían que él devolvió el agua a su pueblo.

De pancho se dice que se puede ver allí donde el río se había perdido, se quedó por que le habían encomendado nunca dejar a Onésimo.